16

LAS INYECCIONES DE KOCH

LAS

INYECCIONES DE KOCH

POR EL DOCTOR

D. GASPAR GORDILLO LOZANO

EX-ALUMNO INTERNO POR OPOSICIÓN
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID, SOCIO
CORRESPONSAL DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE MEDICINA DE MÉXICO

20 FEB 91
LIBRARY

MADRID
IMPRENTA DE ENRIQUE MAROTO Y HERMANO
calle de Pelayo, núm. 34

1891

LAS INYECCIONES DE KOCH

Parece ser que se van apagando aquellos entusiasmos con que fueron acogidas las primeras noticias de las famosas inyecciones.

Ya se ha convenido en que la tuberculosis pulmonal, no sólo no se modifica favorablemente ni aun en el primer período, sino que sigue su marcha como si tal cosa, si ya no es que se exacerba peligrosamente, hasta el punto de morirse los enfermos.

Ya se ha convenido en que la tuberculosis de las meninges contraindica formalmente el uso de las inyecciones, porque han acelerado la muerte de algún sér desgraciado, á quien se tomó como vil materia de lo que hoy se ha dado en llamar *experimentación científica*, y tal vez haya que llamar dentro de poco *experimentación rutinaria.*

Ya se ha convenido en que la tuberculosis de los huesos sufre alteraciones poco apreciables, puesto que, hasta la fecha, no se ha presentado un solo caso de franca mejoría, cuanto más de curación; y eso que los cirujanos tienen buen cuidado, cuando obtienen un éxito medianamente satisfactorio en sus osadas aventuras, de exponerlo al público, como si se tratara de un pájaro raro ó nunca visto.

Por último; parece ser que ya nadie se preocupa más

que de estudiar los efectos de tales inyecciones en la tuberculosis de la piel, última trinchera en que se defienden los experimentadores, como campo más abonado para sostener por algún tiempo el imperio del error y de la charlatanería; y eso que el líquido de las inyecciones parece que ha perdido pronto su extrema actividad, puesto que en un principio resultaba peligroso, y algunas veces mortal, á la dosis de *un milígramo,* y hoy resulta ya inofensivo á la dosis mil veces mayor de *un gramo.*

No podía ser por menos. Las lesiones tuberculosas son, *todas ellas,* hijas de constituciones orgánicas determinadas. Suponer que esas lesiones se han de curar eliminando el producto patológico que se ha dado en denominar *tubérculo,* es desconocer la esencia íntima del tubérculo, y lo que es más grave, desconocer lo que debe entenderse por individuo tuberculoso. Individuo tuberculoso, no es precisamente el que *tiene* tubérculos, sino el que *hace* ó *fabrica* tubérculos. Y si las inyecciones del médico alemán no han de operar otro resultado que *eliminar* los tubérculos, creo yo que no han merecido nunca que se les dé la importancia que se les ha dado, ni que los médicos emprendan la peregrinación que han hecho á Berlín, para venir en berlina, en busca de los frascos milagrosos del nigromántico Koch.

No voy á enfrascarme en una disquisición científica acerca de las afecciones tuberculosas ni de los líos que han armado los médicos con esa palabreja, que ha venido á ser el Proteo de la moderna cirujía y también de la medicina. Voy á tratar solamente, y eso de una manera bastante superficial, de la enfermedad á que parece quedar hoy reducida la aplicación de las inyecciones, y que á fuerza de hablar todo el mundo de ella, ha llegado á adquirir cierta celebridad. Me refiero al *lupus.*

Y ¿qué es *lupus? Lupus,* en latín, quiere decir *lobo.* La nomenclatura médica es bastante rara y estrambótica en algunas ocasiones. Como el hombre, lo último que estudió fué á sí mismo, no es extraño que se valiera de los nombres que había dado á los objetos exteriores para ir aplicándolos por analogía, aunque remota, á los fenómenos que observó en el estudio de su persona.

A esa categoría de palabras, aplicadas en medicina por

analogía, corresponde la palabra *lupus*. Se trata de una enfermedad que empieza por una úlcera que, en vez de curarse, va extendiéndose poco á poco con una parsimonia desesperante. Cuando empieza en la cara, come la nariz, las mejillas, los labios, los párpados, la frente, etc., y como su carácter principal parece ser el *devorar* al individuo, la gente halló adecuado llamar á esa úlcera *estiomènon*, destructora, como la llamaron los médicos griegos; lobo devorador, *lupus vorax*, herpes devastador, pápula fiera, hormiga corrosiva y otra porción de nombres que indican claramente que se agotó el vocabulario de los seres devorantes.

Unas veces la destrucción de la piel es superficial *(lupus serpiginosus)*; otras veces llega la destrucción á los tejidos profundos, hasta los huesos *(lupus terebrans)*. Es enfermedad propia de la niñez y de la juventud, por regla general. Algunos enfermos llegan con ella á la edad adulta, en la cual suele suceder que se detienen sus estragos y cicatriza la ulceración, pero dejando á los pacientes tan horrorosamente desfigurados, que ellos mismos se suelen avergonzar de presentarse en público.

A veces suele presentarse una erisipela fenomenal en los tejidos sanos periféricos á la úlcera; y cuando parece que los enfermos, con aquella complicación que los pone horrorosos si el mal está en la cara, van á sucumbir, se resuelve la erisipela y la úlcera empieza á cicatrizar, terminando por la curación.

Este proceder de la naturaleza ha sido imitado por la medicina hasta cierto punto, dirigiendo la terapéutica local á provocar esta erisipela curadora, pero muy pocas veces se consigue el apetecido resultado, tanto que Alibert decía ya que «nada había más perjudicial al arte de curar que el tono dogmáticamente afirmativo usado por ciertas gentes con el objeto de acreditar diversos procedimientos (para curar el *lupus)*, cuando es una verdad incontestable que el *esthiomeno* desconcierta á veces las más felices combinaciones de la medicina y las tentativas de la cirujía.»

Y más adelante, después de pasar lista á diversos medios por él empleados sin gran éxito, termina su lección con las siguientes palabras, en que parece están inspiradas las in-

dicaciones de Koch: «La práctica aquí está detenida, porque la teoría no adelanta un paso. Si se conociera todo lo que puede restituir á la naturaleza el ejercicio de su perdida energía; si dispusiera uno á su gusto de los movimientos febriles y de la fuerza tónica que los provoca, se llegaría al término de la terapéutica deseada: á la resolución de los tubérculos inflamados.»

Esta terrible enfermedad, desesperación de los más célebres dermatólogos, es la que se pretende curar con las inyecciones de Koch.

*
* *

Desde los tiempos de Galeno, es un dogma universalmente admitido en la ciencia que los individuos *luposos* tienen en sí algo que les hace *luposos*. Ese algo que Galeno llamaba *cacohetes* y malos humores (1), llamámoslo nosotros *discrasias* ó constituciones depravadas. Se sabe que el escrofulismo y la sífilis son á veces los factores del *lupus*; pero no siempre se puede achacar á esas dos fuentes la enfermedad. Al menos es evidente que no toda úlcera escrofulosa es un *lupus*, ni toda úlcera sifilítica es un *lupus;* pero es también cierto que esas úlceras escrofulosas ó sifilíticas adquieren un carácter corrosivo tal, que han sido tomadas por verdaderos *lupus*, y todos los patólogos insisten mucho en el diagnóstico diferencial de esas enfermedades.

Este embrollo y oscuridad son precisamente los responsables de las osadías y de los milagros. La sífilis nos coge afortunadamente bien armados. Podemos luchar con ella con ventajas. Si todavía los estragos son enormes, es porque los individuos, antes de consultar con la medicina, consultan con sus caprichos, con amigos caritativos, con los charlatanes de la clase de barberos, practicantes aburridos y aun doctores de misa y olla. La escrófula es algo más díscola, sin duda porque sus raíces son más hondas; pero,

---

(1) *De Methodo Medendi*, lib. IV, cap. VI.

en fin, también luchamos con ella y se consigue muchas veces tenerla, cuando menos á raya.

¿Qué extraño es, pues, que en los luposos que pertenezcan á esas dos filiaciones se obtengan mejorías y hasta curas completas que justifiquen aparentemente las presunciones de los médicos que, habiendo dado en el *quid,* pretendan luego generalizar y hacernos creer que han inventado un remedio maravilloso para curar con seguridad, prontitud y elegancia *el* lupus?

Ya me parece estar oyendo á los que se han erigido á sí mismos en pontífices infalibles de la ciencia ó en apóstoles fanáticos de la nueva doctrina, exclamar horrorizados ante mis afirmaciones: ¡Como! ¿A quién se le ocurre dudar de nuestros diagnósticos y de nuestra buena fe? Me apresuro á tranquilizarlos; no dudo nunca de su buena fe; pero con buena fe se sostienen muchos errores y patrañas, porque en la certidumbre filosófica hay muchos grados y en la médica muchos más. Pues qué, ¿no están conformes todos los patólogos, médicos y quirúrgicos, en que el lupus se confunde muy á menudo con la sífilis tuberculosa, porque su semejanza llega casi á la identidad? ¿No sabe todo el mundo médico que Alibert, el célebre y nunca bastante ponderado Alibert, pone en duda los diagnósticos de Plumbe y afirma terminantemente que este sabio dermatólogo inglés había tomado por casos de lupus los de otra enfermedad bien distinta del verdadero lupus y de las úlceras escrofulosas y sifilíticas, como es el *noli me tangere* (cáncer), á pesar de que esta última enfermedad se diferencia de aquéllas tan radicalmente? Pues si estas dudas ocurren entre los sábios que fueron, ¿por qué no puede haberlas entre los actuales, aunque ellos crean que están en posesión de la verdad?

Es necesario, pues, que los médicos (no me cansaré de repetirlo), sean más cautos en sus afirmaciones. Querer dogmatizar en medicina, sólo porque se ocupan posiciones elevadas, es eminentemente ridículo; porque no ha de faltar nunca quien, desde más humilde esfera, haga bambolearse las estatuas en sus pedestales, ateniéndose, como yo me atengo, á las doctrinas de la medicina secular, y á la opinion de Galeno cuando dice «que el médico no debe

nunca afirmar las cosas de tal modo que no se le ocurra siquiera que se puede equivocar.»

Y si el médico se puede equivocar en el diagnóstico, ¿qué diremos de los médicos que sin soñar en la posibilidad de tales equivocaciones, se atreven á administrar á sus enfermos preparaciones secretas, cuya composición desconocen, pero cuya actividad está demostrada desde el momento en que pueden matar á dosis de milígramo? ¿Es que sus conciencias pueden quedar tranquilas, demostrando un embotamiento rayano en la insensibilidad moral, cuando ven agonizar á un enfermo y tienen que cruzarse de brazos ante el espectáculo de la muerte, por haber administrado sustancias desconocidas y á cuyos efectos, por tanto, no pueden de ninguna manera oponerse? ¿Tanto se ha rebajado ya la dignidad de la ciencia, que se pretende justificar tan mezquino proceder, diciendo que el nombre de Koch es suficiente garantía para ensayar á ciegas lo que él dice? Koch podrá ser un médico muy eminente; todo lo que quieran; pero la verdad es que observa un comportamiento poco científico. Y como la toga, por lo que yo veo, no está reñida con la charlatanería, conviene vivir prevenidos para no ser víctimas inconscientes de la charlatanería togada, peligrosa como todas, pero más peligrosa por lo mismo que viste toga.

Yo me horrorizo cuando doy en pensar en el secreto de las famosas inyecciones. De malicia en malicia vengo á cavilar si entrará en la composición de tal líquido alguno de los venenos animales, la ponzoña, por ejemplo, de las serpientes, porque la verdad es que, ingerido en el estómago, no produce efectos apreciables; é inyectado, hay fiebre, desvanecimientos, disnea, edemas, sobre todo locales, y hasta muertes, porque ya van varios muertos. ¿Es esto serio? ¿Se estudia para esto medicina? ¿Pueden tolerarse siquiera semejantes sospechas? ¿Es bastante que las Academias y los Ministros de un país dejen hacer á los médicos para que éstos estén libres de responsabilidad? Si las familias de algunos fallecidos llevan el asunto á los tribunales, ¿creen los médicos que han de encontrar indulgencia en aquéllos, sólo porque les digan que antes contaron con la aquiescencia de los enfermos para inyectarles con un lí-

quido que Koch dice que se puede usar impunemente á ciertas dosis, pero cuya composición ellos desconocen? Y sobre todo, ¿merecen los médicos que así proceden á oscuras, semejante indulgencia?

Puntualicemos la cuestión. En Alemania, en Francia, en España, en otros países han fallecido ya algunos individuos *á causa* de las inyecciones. Otros se han puesto tan graves, que han estado muy cerca del sepulcro. Nadie ha podido hacer nada en obsequio de los enfermos agonizantes. A un individuo con estenosis laríngea le sobrevino un edema de la glotis, y fué necesario practicarle inmediatamente la traqueotomía para que no se ahogara. Sabiendo todo esto, yo creo que no debía volver nadie á practicar inyecciones, al menos en individuos que estén amenazados de sufrir un un edema de la glotis, porque la traqueotomía, aunque puede librar al enfermo de una asfixia *inmediata,* no es una operacion inofensiva; lleva aparejada *por sí misma* cierta gravedad y hasta peligro de muerte, y, por tanto, como toda operación quirúrgica, no debe practicarse no siendo necesaria, y esto cuando la necesidad sea absoluta y determinada por la marcha normal de los padecimientos; no cuando la necesidad sea *provocada* por el mismo profesor con procedimientos que no se sabe á dónde van, ni para qué sirven.

Lejos de atenerse á esta sana doctrina, he visto que, nada menos que en el Colegio de San Carlos, en la Escuela de Medicina, se han practicado inyecciones en ciertos individuos con estenosis laríngeas; y en previsión de que pudiera sobrevenir un edema de la glotis, se han dejado prevenidos los instrumentos necesarios para practicar la traqueotomía á la menor señal de alarma por parte de la respiración. ¿Es esta la conducta que los maestros recomiendan á sus discípulos? ¿Qué diría si resucitase el ilustre cirujano, gloria de San Carlos y de la cirujía española, Don Diego de Argumosa? ¿Así se juega con la vida de los enfermos?

«Es que, dirán los porta-jeringas de Koch: hasta ahora no ensayamos más que en los hospitales.» Pues ni aun en los hospitales, digo yo, se pueden ensayar semejantes secretos ni ejercer de esa manera tan despiadada la medi-

cina. ¿O es que los desgraciados que van al hospital son por ventura conejos, cuya vida nada importa? No me extraña que se haya llegado á semejante monstruosidad. Las ideas materialistas se han infiltrado por completo en la clase médica y se cree que hay poca diferencia de una persona á un animalucho. Se consiente que la veterinaria imponga su criterio á la medicina, y á ésta le falta ya poco para derribar de su pedestal la estatua de Esculapio y colocar en su lugar á un veterinario.

Yo creo que esto es un error. Creo que esto es una alucinación que no tardará en pasar, y espero vivir el tiempo suficiente para ver desaparecer las modernas teorías, aunque no sé si será para que brille en todo su esplendor la clínica secular ó para que sustituyan á las actuales otras ridiculeces; para que á la farsa de los microbios suceda la farsa de los espíritus malignos ó alguna otra cuya forma aún no se halle elaborada en el cerebro de los innovadores. Entre tanto, si la medicina ha de informarse por los consejos y sentencias de la veterinaria, yo propondría que se suprimieran desde luego las Escuelas de Medicina y que los médicos acudan á las de Veterinaria, donde sus clientes se morirán al menos sin decir oste ni moste, y al morirse no les quitarán el sueño. Pero mientras haya hospitales que se llamen sagrados asilos de caridad, yo combatiré siempre los ensayos y las aventuras practicadas en los asilos, como procedimientos inhumanos, como contrarios á derecho y razón, y como comprobantes de un materialismo más abyecto que el de Epicuro, por lo mismo que trata de escudarse con la hipocresía de la ciencia, ciencia convertida en una verdadera novela, cuyo prólogo es la ignorancia y el epílogo la osadía.

Estas ideas que hoy sustento no son nuevas, ni es esta la primera vez que las expongo. En todos mis escritos he dicho siempre lo mismo; pero más particularmente en la introducción de mi folleto *El problema de la rabia*, decía en 1886:

«De no poner un dique al desbordamiento de esas ideas, llegaremos en el siglo XIX á convertir la medicina en una especie de juegos malabares, ó, cuando más, en un gabinete de física recreativa, donde será lícito á cualquiera ha-

cer en el hombre toda clase de ensayos, para saber en definitiva cuál de esos ensayos es el menos mortífero ó el más reproductivo.»

.....

.....

«Cuando me expreso de este modo, no me refiero sólo á la cuestión de la rabia, porque ésta, al fin y al cabo, es una enfermedad terrible, sí, por el cuadro espantoso de sus síntomas; pero, por fortuna, poco frecuente. Mas como al mismo grupo de la rabia pertenecen otras enfermedades tan terribles como ella por sus efectos, y por desgracia mucho más frecuentes y generalizadas, es necesario estar prevenidos contra los arranques de algún entusiasta experimentador que, con la mejor intención del mundo, pueda despertar un día, soñando que ha descubierto el microbio específico de tal enfermedad y la manera de atenuar sus efectos sobre el organismo, lanzándose al día siguiente á hacer inoculaciones á media humanidad, que, generosa ó egoista, acude entusiasmada á preservarse de una plaga imaginaria.»

.....

.....

«Sea cualquiera la suerte que reserve la crítica á mis opiniones, aceptaré con gusto el fallo de mis jueces. Si me condenan, haré pública penitencia confesando mi ignorancia y ofuscación. Si me absuelven, no exigiré que nadie se arrepienta; me contentaré con que los experimentadores prometan no tomar al hombre como materia vil de sus ensayos y que sean más comedidos en sus experimentos y afirmaciones, para que sus afirmaciones y experimentos no vengan á redundar en desprestigio de la medicina.»

De este modo hablaba yo en 1886, con motivo de las cuestiones de la rabia. Hoy vengo á repetir lo mismo en el caso concreto de las inyecciones propuestas por el Doctor Koch. Ya en un folleto sobre *El Cólera,* publicado en 1884, indiqué someramente el juicio que me merecían los estudios y las afirmaciones de Koch. Si entonces no le juzgaba ya muy favorablemente, hoy me veo, con pesar, obligado á acentuar más mi opinión contraria á las corrientes por donde él quiere llevar á la medicina. No importa que esté yo solo

contra él y contra todos los médicos que le defiendan; el tiempo se encargará de darme la razón contra todos. Cuando, después de dos años que llevo de voluntario silencio desde la muerte de *El Dictamen*, vuelvo á dar señales de existencia, es porque estoy cada vez más convencido del extraviado rumbo que lleva la medicina.

No traigo intenciones de pelear; pero si se me obliga, defenderé con tesón mis ideales, y con tanto más tesón, cuanto que hoy ya son muchos los que se atreven á ir en contra de las ridículas pretensiones de la microbiología, que durante unos cuantos años lleva trastornando el cerebro de los médicos, que no han parado hasta dar el triste espectáculo de acudir por bandadas á Berlín, con la misma inocencia con que acuden las alondras al espejuelo.

Tal vez haya quien pretenda ponerme en un apuro, diciéndome que, puesto que dudo de todo, de las inyecciones y de los diagnósticos de los médicos, debo ir á convencerme á los hospitales donde se están haciendo los ensayos y donde puedo ver á los enfermos. Me apresuro á contestar al que así trate de argüir, que tratándose de un remedio secreto, cuyo misterio trata de guardar su autor, yo no me prestaré nunca á servir de comparsa en la comedia; y que para juzgar de una cosa que no puede ver uno bien, vale más exigir detalles á los que, pudiendo verla, tienen pretensiones de hacernos creer que saben lo que ven: porque si de ese examen resulta que no dan pie con bola en lo que dicen, bien podemos asegurar los que desde fuera vemos el juego, que los jugadores conocen las cartas y tratan de embobar á los incautos.

*
* *

Después de escritos y publicados estos artículos, ha cambiado algo la faz de las cuestiones relacionadas con lo que dió en llamarse *linfa* de Koch.

En primer lugar, la clínica, supremo juez en estos asuntos, ha fallado desfavorablemente la causa, y por boca del ilustre Virchow, ha lanzado terribles acusaciones, fundándose nada menos que en la autopsia practicada en *veintiún*

cadáveres de individuos que fueron inyectados, y en los cuales las inyecciones habían acelerado la muerte.

En segundo lugar, como estas sentencias del Tribunal Supremo de la clínica son inapelables, Koch se ha visto obligado á hablar, y el Gobierno de Berlín, convencido de que había dado un mal paso acogiendo novelas como si fueran verdades demostradas, trata de ponerse un parche en la herida de su reputación, designando *unas cuantas* farmacias que puedan preparar la célebre linfa, y permitiendo á las demás despacharla como otros *agentes tóxicos*, después de proveerse de frascos preparados en los centros de fabricación.

No discuto estas decisiones del Gobierno alemán, porque no merecen los honores de la discusión. Y como por otra parte, no creo que lleguen á ponerse en práctica, porque sería el colmo de la informalidad, haré sólo algunos comentarios respecto á las tardías confesiones de Koch.

En la imposibilidad de copiar aquí el trabajo íntegro (1) del doctor alemán, opto por valerme del extracto que de él han publicado los periódicos políticos, extracto que, por otra parte, es el mismo de que da cuenta *Le Progrès Médical* en su número de 24 de Enero del año actual.

Dice así el citado extracto:

«Cuando se inocula un cochinillo de Indias, sano, con cultivo puro de bacilos de la tuberculosis, la llaga se cicatriza, pareciendo entrar en curación desde el principio la mayoría de las veces. Sólo cuando pasan diez ó catorce días es cuando se forma un nódulo duro que, al reventarse, no tarda en causar la muerte del animal.

»La llaga ulcerosa ofrece otros caractéres cuando el animal inoculádo está ya afecto de una enfermedad tuberculosa. Los animales que se prestan mejor á esta demostración son aquéllos que han sido inoculados con éxito cuatro ó seis semanas antes. En este caso, la llaguita producida por la inoculación se cicatriza también al principio, pero no se forma ningún nódulo. Sólo al día siguiente, ó á los dos días, prodúcense modificaciones particulares en el punto en que se ha verificado la inoculación. Esta parte de la piel

(1) *Siglo Médico*, núm. 1.936.

se pone dura, adquiere un color más oscuro, y este fenómeno no se localiza en el sitio de la inoculación, sino que se extiende por los alrededores sobre una superficie cuyo diámetro varía entre cinco milímetros y un centímetro. Al día siguiente se evidencia más que la piel modificada de este modo está *necrosada;* termina por caerse, quedando una ulceración llana que, por lo general, se cura rápidamente de una manera definitiva, sin ejercer influencia sobre los ganglios linfáticos inmediatos.

»Los bacilos de la tuberculosis atenuados obran, pues, sobre la piel del cochinillo sano de modo distinto que si el cochinillo es tuberculoso. Esta acción no pertenece sólo ni exclusivamente á los bacilos vivos, sino que se observa también en los bacilos muertos, estado á que son reducidos sometiéndolos durante mucho tiempo, bien á una temperatura baja, como lo practiqué yo en un principio, bien á la temperatura del agua hirviendo ó bien á la acción de ciertos cuerpos químicos.

»He examinado ese singular fenómeno bajo todos los aspectos posibles, y he reconocido luego *que los cultivos puros y muertos de bacilos de la tuberculosis pulverizados y humedecidos en agua pueden ser inyectados en gran cantidad bajo la piel de los conejos de Indias sanos, sin que proroquen otro fenómeno que el de una supuración local.*

»Después de consignar el Doctor Koch que por ese procedimiento es dable obtener fácilmente supuraciones, libres de bacilos vivos, advierte que los cochinillos tuberculosos mueren, por el contrario, cuando se les inyectan pequeñas cantidades de cultivos disueltos en agua, en un espacio de tiempo que varía, según la importancia de la dosis, entre seis y cuarenta y ocho horas.

»La dosis que no es suficiente á matar al animal, puede determinar una necrosis extensa de la piel en la región del punto inoculado; si se diluye aún más la solución, de modo que apenas se vea turbia, los animales permanecen vivos, y una mejoría evidente en su estado se produce en seguida cuando se continúan las inyecciones con intervalos de reposo de uno ó dos días. La llaga ulcerada va disminuyendo y acaba por cicatrizarse, se reduce la hinchazón de los ganglios y mejoran las condiciones para la nutrición. El pro-

ceso morboso se detiene, si no está muy avanzado, y el animal no muere extenuado.

*
* *

»De esos resultados se podía deducir un método para la curación de la tuberculosis. Ese trabajo ha exigido mucho esfuerzo y mucho tiempo; pero, por fin, logré extraer—dice el Doctor Koch—la sustancia curativa de los bacilos y de la tuberculosis por medio de *una disolución de glicerina del 40 al 50 por 100*. Una vez obtenidos esos líquidos, hice nuevos ensayos en animales, y, por último, en personas humanas.

»El remedio de que nos servimos en el nuevo procedimiento empleado para curar la tuberculosis, *es, pues, un extracto de cultivos puros de bacilos-tuberculosos muertos, disueltos en glicerina.*

»Naturalmente, el extracto contiene, no sólo la sustancia curativa procedente de los bacilos tuberculosos, sino también todas las demás sustancias solubles en la glicerina á 50 por 100; por eso se encuentra cierta cantidad de sales minerales, de materias colorantes y otras sustancias extractivas desconocidas.

»La solución puede ser fácilmente desembarazada de algunas de estas sustancias; en efecto, la sustancia curativa es insoluble en el alcohol absoluto, y puede ser mezclada con este líquido. Al hacer esto no se obtiene pura, es verdad, sino combinada con otras sustancias extractivas, igualmente insolubles en el alcohol.

»También es posible desembarazarse de las materias colorantes para obtener una sustancia seca é incolora que contenga el principio activo bajo una forma mucho más concentrada que la solución primitiva en la glicerina. Esta purificación del extracto disuelto en la glicerina no ofrece, por otra parte, ninguna ventaja en la práctica, porque las sustancias que se hacen desaparecer no ejercen ninguna acción sobre el organismo humano; de suerte que la purificación aumentaría inútilmente el precio del remedio.

»No se puede hasta ahora emitir más que hipótesis sobre

la composición de la sustancia activa; me parece ser un derivado de las sustancias albuminoides y relacionarse con estas últimas; no pertenece al grupo de lo que se llama la toxalbumina, porque soporta las altas temperaturas, y atraviesa fácil y rápidamente la membrana del dializador.

»La cantidad de sustancia contenida en el extracto parece ser mínima. Yo la evalúo, por lo menos, en 1 por 100.

»Si mi hipótesis es exacta, nos encontramos, pues, con una sustancia cuya acción sobre los organismos afectos de tuberculosis excede con mucho á la que se ha observado hasta el presente en los medicamentos que obran con mayor energía.

*
* *

»Expone luego el Doctor Koch una hipótesis acerca de la acción específica de la linfa, sin darla por irrefutable.

»Los bacilos de la tuberculosis, á su entender, producen ciertas sustancias que ejercen influencia en los tejidos vivos inmediatos y determinan en las células diversos efectos dañosos. Alguna sustancia provoca la llamada necrosis por coagulación; el bacilo halla entonces obstáculos para desarrollarse y muere á veces; de ahí acaso el descubrimiento de numerosos bacilos en órganos recién invadidos por la tuberculosis, como se observa en el bazo y el hígado del conejo de Indias cuando aparecen llenos de nódulos grises. En cambio los bacilos escasean si se desarrolla en esas entrañas la necrosis por coagulación. Por lo mismo el bacilo no puede producir la necrosis á grandes distancias. Cuando la necrosis adquiere gran desenvolvimiento, cesa el de los bacilos, y, por lo tanto, la producción de la sustancia que determina la necrosis. Así aparece una especie de compensación recíproca, gracias á la cual queda limitado el desarrollo de los bacilos, como ocurre en el lupus, en las escrófulas de las glándulas, etc.

»En tal caso sólo se extiende ordinariamente la necrosis á una parte de la célula, que adquiere la forma particular de las células gigantes. Si se aumenta entonces la proporción de la sustancia que provoca la necrosis en el tejido que circunda el bacilo, las condiciones de nutrición serán

poco favorables para ésta: los tejidos *necrosados* comenzarán á desagregarse y desprenderse y arrastrarán los bacilos al exterior, cuando sea posible, y los que permanezcan aún en la morada antigua morirán más rápidamente que en circunstancias ordinarias.

»La acción del remedio consiste precisamente, según el doctor, en la producción de esos fenómenos. Contiene la linfa cierta cantidad de la sustancia que provoca la necrosis, y que cuando la proporción es considerable ataca aun en el organismo sano, ciertos elementos anatómicos, probablemente los glóbulos blancos ú otros que tienen relaciones directas con ellos, de manera que determina una fiebre acompañada de síntomas muy especiales.

»En el organismo tuberculoso una cantidad mucho más pequeña basta para provocar en las regiones donde se desarrollan los bacilos tuberculosos, ya impregnadas de la sustancia que produce la necrosis, una necrosis más ó menos extensa de las células y los fenómenos consecutivos á esa necrosis. Por un razonamiento análogo se explica también la posibilidad de aumentar con rapidez las dosis de linfa inyectadas.»—*(El Imparcial.)*

*
* *

Podía contentarme con poner por único comentario lo que dice el citado periódico profesional *Le Progrès Médical* en su número de 24 de Enero:

«Koch se ha decidido por fin á dar á conocer la naturaleza de su linfa, y los periódicos políticos han publicado ya *in extenso* la comunicación del profesor berlinés. Antes de analizar nosotros el citado trabajo, consignaremos un hecho que á nadie ha pasado inadvertido, y es: *la ausencia voluntaria y estudiada de precisión en la revelación del famoso secreto.* Ni Koch lo ha dicho todo ni ha querido decirlo. Desde su primera comunicación, se sospechó que la linfa podía muy bien estar constituída por una solución de los productos del cultivo de los agentes de la tuberculosis; pero la gran dificultad que hay para cultivar en abundancia el microbio de Koch, hace poco probable semejante hipótesis. Este es, por tanto, un punto que aún no está suficien-

temente exclarecido, y parece evidente que Koch no ha querido exponer de una manera exacta y completa los procedimientos que emplea para obtener los cultivos del bacilo de la tuberculosis en grande escala.»

Podía, digo, limitarme á copiar estos juicios de *Le Progrès Médical* para afirmar que Koch sigue callando respecto á la composición de su líquido. Pero las afirmaciones que tengo hechas, me obligan á ser más explícito que el periódico parisién.

Yo pregunto, en efecto, á todos los microbiólogos habidos y por haber: Las explicaciones que da Koch, ¿son por ventura aceptables en sana doctrina microbiológica? De otra manera: La microbiología, ya que presume de ciencia, ¿tiene ó no tiene elementos para poder formar juicio respecto á las embrolladas explicaciones que ha dado Koch de sus trabajos? ¿No los tiene? Pues entonces la microbiología, por lo que á la patología humana se refiere (1), no

---

(1) La limitación que pongo á los estudios microbiológicos indica claramente que no niego en absoluto la importancia de estos estudios. Al contrario; me parecen muy bien y muy curiosos mientras no pasen los límites de la botánica. Aun dentro de esta rama de la Historia Natural, no está todavía completo el estudio de estos séres microscópicos. No hace falta para convencerse de ello más que leer la última obra publicada sobre el particular por M. Baillón, titulada *Tratado de Botánica médica criptogámica*. En ella divide las *criptógamas* en dos clases, *vasculares* y *celulares*; y entre las celulares se cuentan los *hongos* y las *algas*.

Los séres microscópicos, que tanto ruido meten hoy en medicina, pertenecen á estas dos últimas clases de hongos ó de algas, porque participan, se dice, de los caractéres de unos y de otras; pero tan oscuro está todavía el problema, que ningún botánico se atreve á referirlos decididamente á uno de los grupos referidos. Se les denomina en términos genéricos *Schizophitos*, que estudia M. Baillón por el orden siguiente:

1.º Micrococos.
2.º Bacterias.
3.º Bacilos.
4.º Leptotrix.
5.º Beggiatoa ó sulfurarias.
6.º Vibriones.
7.º Spirochaetes.

Ahora bien; supongamos que la botánica resuelva por completo el problema referente á la vida y muerte de estos séres microscópicos. ¿Por eso tendrá nunca derecho para imponer á la medicina su criterio en la cuestión de etiología y terapéutica de las enfermedades? No. Botánico hay que conoce las demás plantas, como

es ciencia ni es nada más que un fárrago informe de fantásticas visiones, realizadas á través del microscopio por imaginaciones calenturientas, y que no tienen pies ni cabeza.

> . ... velut aegri somnia, vanae
> Fingentur species; ut nec pes nec caput uni
> reddatur formae.

¿Tiene, por el contrario, elementos para formar juicio respecto á las declaraciones de Koch? Pues entonces, ¿por qué no los hace? ¿Por qué *Le Progrès Médical* sólo se atreve á decir que Koch no ha dicho ni ha querido decir todo lo que sabe respecto á la preparación de su linfa? ¡Ah! Es porque, efectivamente, no hay quien entienda la jerigonza del médico berlinés; y como nadie entiende lo que dice, se ha creído que habla deliberadamente en forma enigmática para que no se le entienda. Pero yo no tengo por qué ser tan escrupuloso ni tan mirado como *Le Progrès Médical;* y como no tengo por qué ser tan mirado ni tan escrupulo-

---

plantas, tan bien y mejor que los médicos. Pero el conocer la digital, el laurel, el eléboro, la belladona, la cicuta, la quina y hasta el cornezuelo de centeno como tales plantas y hasta saber en términos generales para qué sirven esas plantas en medicina, no da derecho á ningún botánico para presumir que sabe más medicina que los médicos. Ni éstos pueden presumir de ser mejores médicos porque conozcan al dedillo la botánica macroscópica y microscópica. Estos conocimientos profundos de botánica y de ciencias naturales serán un adorno muy brillante que harán muy buen efecto en el médico, si éste sabe, antes que todo, medicina. Pero si no sabe patología, y sobre todo clínica, y quiere sustituir estos conocimientos con los que le sobran de física, de química y de Historia Natural, no hará más que dar tropezones en la práctica.

Sucede todavía una cosa más rara. Sucede que muchos de los que hablan con entusiasmo de la microbiología, no tienen conocimientos muy profundos de las ciencias naturales. Conocen el microscopio como puede conocer el soldado el fusil ó los faroleros las máquinas eléctricas. De ciencias exactas no hay que hablar; gracias que se recuerde vagamente lo que se enseña en los Institutos, que es bien poco. Y sin embargo, un médico no puede presumir de sabio desconociendo esas ciencias. Ya sé que si tiene buen *criterio médico* no le hace falta conocerlas muy á fondo para salir del paso. Pero cuando se tienen pretensiones de asustar á los demás hace falta demostrar que hay en qué fundarse. Lo demás es hacer el fantasma, y el tiempo de los fantasmas ya pasó.

so, no tengo reparo en afirmar que Koch, en su última declaración, nos ha tomado á todos por tontos, suponiendo que ñadie sabe nada de microbiología, en lo cual no se equivoca; sólo que yo soy de los que están en el secreto, y creo que él tampoco sabe una palabra, y que si no ha dicho más, no es, como cree *Le Progrès*, porque no quiera decir más, sino porque no puede decir otra cosa, porque tampoco sabe más.

Es hora ya de que acaben esos sabios extranjeros de atronarnos los oídos con sus maravillosas simplezas. Es hora ya de que las ciencias naturales se convenzan, por grado ó por fuerza, de que jamás podrán llevar la batuta en medicina. *Como auxiliares*, desempeñarán siempre un gran papel: soy el primero en reconocerlo, y buena prueba es de ello lo que respecto á este particular dije en mi folleto sobre las *Reformas de la Enseñanza de Medicina*, impreso en 1887. Pero tener pretensiones de ser ellas las señoras de la Clínica y que el médico sea sólo un mozo de laboratorio de los señores físicos, químicos y naturalistas, esto es una majadería, de la cual conviene curar de una vez á estos señores para que bajen los humos. Ahí está precisamente el error. Los médicos han creído que no merecían el nombre de tales si no aceptaban los descubrimientos de los naturalistas. Pero en vez de limitarse á demostrar que conocían y admiraban los descubrimientos de los naturalistas, dejaron que éstos invadieran el terreno de la medicina, y luego se avergonzaron de no hablar su mismo lenguaje; y de concesión en concesión, acabaron por llamar compañeros á los intrusos, y hoy no se atreven á volver atrás y viven una vida de abyección y de esclavitud, temerosos de que se pueda decir de ellos que no progresan; y, efectivamente, tanto van á progresar por el camino que van, que acabarán por perderse de vista en los espacios imaginarios.

A la sombra de esos estudios microbiológicos modernos se desenvuelven escenas cómicas que parten los corazones. Figuráos un laboratorio montado en toda regla. Un maestro de ceremonias, un microbiólogo, que se pasa la vida mirando por el microscopio, presenta en la mesa los testigos de sus experiencias, ó sean dos ó tres conejos en

los cuales ha hecho inyecciones el día antes. Diez ó doce doctores rodean la mesa y contemplan el espectáculo que ofrecen los conejos inyectados. A todos aquellos sabios se les ha puesto la cara larga á fuerza de expresar el asombro que les producen las experiencias. Por fin, el maese Pedro del retablo explica lo que ha pasado. «Aquí tienen Vds., señores, los efectos operados por el líquido maravilloso preparado en Berlín por el fénix de los ingenios; por el ilustre Koch, mi querido maestro y amigo, con el cual tuve el honor de almorzar en el verano pasado. La reacción sufrida por este infeliz conejillo después de la inyección ha sido violentísima. El termómetro, introducido en la cavidad que ustedes saben, ha marcado constantemente 40° grados centígrados y 8 décimas de grado. Ha habido desvanecimientos, náuseas, horripilaciones, y, por último, como fenómeno culminante que prueba la eficacia de estas inyecciones, se presenta un síntoma local de gran importancia y transcendencia: el cutis, al nivel de las inyecciones, se ha pelado!»

¡Se ha pelado! repiten los doctores mirándose unos á otros estupefactos y elevando las cejas al quinto cielo. Por último: después de tan provechosa conferencia, salen á la calle y tira cada uno por su lado. Os encontrais á uno de ellos al volver de una esquina. Era un antiguo compañero, sencillo y afable en otros tiempos, pero que desde que ha dado en estudiar microbiología se ha vuelto serio y estirado, y suena á hueco cuando habla; pero, no obstante, os conoce todavía. Se cambian los saludos de ordenanza, y sin otros preámbulos os pregunta si habéis visto el laboratorio y los trabajos de la comisión. Respondéis que no y hasta demostrais que apenas os habéis enterado de tales trabajos. Os dirige una mirada de profunda conmiseración, y conociendo la superioridad que tiene sobre vosotros, os da cuenta detallada de la última conferencia, terminando su relato con el horroroso y espeluznante hecho de la alopecia del conejo. ¡Se ha pelado el conejo! Y se despide de vosotros, dejándoos bajo la impresión de tan aplastante suceso.

¡Dios mio! ¿Qué va á pasar aquí? ¡Se ha pelado el conejo! Y os vais á casa pensando en que el conejo se ha pela-

do. La vida real del hogar doméstico os saca de vuestras meditaciones, á las que ponéis fin con esta filosófica exclamación: ¡Se ha pelado el conejo! ¿Qué les sucederá á los enfermos?

*
* *

Otro hecho relacionado con este asunto, y que se ha verificado después de escribir yo mis artículos, aunque ha venido á coincidir con su publicación por causas que yo no he de analizar aquí, es la inauguración de las sesiones públicas de la Real Academia de Medicina, celebrada el domingo 25 de Enero.

En esa sesión inaugural se leyeron dos discursos notables: uno del Secretario perpetuo de la Real Academia, el Excmo. Sr. D. Matías Nieto y Serrano, y otro doctrinal, del Académico Excmo. Sr. D. Julián Calleja y Sánchez.

No voy á analizar esos dos discursos detalladamente, sino á tomar de ellos algunos apuntes relacionados con el objeto de este folleto.

El discurso de D. Matías tiene, entre otros muchos méritos, uno indiscutible; el de la brevedad. Con ligeras variantes es el mismo de hace cincuenta años, porque Don Matías es un hombre de un talento asombroso, que yo admiro. Es capaz de escribir cincuenta, cien discursos, cien libros. El último es igual al primero y á todos los demás de la serie; pero, sin embargo, tienen el raro privilegio de parecer todos diferentes. El que se proponga leerlos, los lee todos con igual avidez, porque le parecen diferentes. Su lenguaje castizo y hasta elegante, resulta, sin embargo, oscuro para los que no comprendemos sus honduras. La unidad en la variedad; lo determinado en lo indeterminado; lo finito en lo infinito, y *viceversa*: hé ahí el milagro que se verifica diariamente en los discursos de D. Matías.

Pues de ese último discurso leído por el Secretario perpetuo de la Real Academia de Medicina tomo, con su permiso, los siguientes párrafos, para comentarlos:

«Consultada la Corporación sobre el reciente invento del Doctor Koch, que tanta resonancia ha tenido en el mundo, en sus relaciones solamente con la ley de Sanidad, ha con-

testado de suerte que pudieran autorizarse los experimentos hechos en condiciones que eximan de todo riesgo. Al proceder de este modo ha considerado, sin duda, que los descubrimientos terapéuticos, lo mismo que los sucesos humanos, se someten desde su aparición á las dos facultades del alma: el sentimiento y la reflexión. El sentimiento los acoge ó con entusiasmo ó con desconfianza, según que preponderan en él la afición á las novedades ó el apego á la tradición. En cuanto á la reflexión, si es prudente opta por un término medio, fundando su juicio en cálculos de probabilidades y en la regla inmutable de que todo es relativo y, por consiguiente, limitado en el orden histórico del mundo.

»El último descubrimiento del Doctor Koch, del que tanto se ha hablado en Europa, no podía eximirse de la regla general. Por de pronto, le han acogido muchos como un hecho preñado de las más lisonjeras esperanzas, y los más tibios le han concedido un valor real. Lo que nos dice la serena razón es que muy bien podría haberse hallado un recurso más, y de inmensa valía, para enriquecer el arsenal terapéutico; pero que un arma nueva, ni excluye el uso de otras, ni es garantía infalible de la victoria en un combate en que cuenta el enemigo con reductos inaccesibles contra todas las armas inventadas y por inventar.

»¡Curar la tísis, el cáncer y otras enfermedades mortíferas! Mejor diríamos *procurar* la curación, puesto que sin el consentimiento de la función individual no hay terapéutica posible. Pero, al fin, tiene la medicina tales medios de *procurar* algunas soluciones favorables de ciertos males, que si llegáramos ahora á contar con uno más, podríamos darnos por satisfechos.

»Hágalo la Providencia, para alivio de las calamidades que afligen en el mundo á la pobre humanidad.»

Basta fijarse en la pobreza de conceptos con que en ese párrafo se defiende el acuerdo de tan sabia Corporación, para persuadirse de lo infundado del informe. ¿Cómo la Academia ha de haber podido informar de suerte que *puedan autorizarse los experimentos hechos en condiciones que eximan de todo riesgo*, si no sabe de qué se compone el líquido que se ha de ensayar? ¿Cómo es posible que por úni-

ca razón de ese descabellado y anticientífico proceder, alegue el Sr. Nieto y Serrano la consideración de que los descubrimientos terapéuticos, lo mismo que los sucesos humanos, se someten desde su aparición á las dos facultades del alma, el sentimiento y la reflexión? Estas poesías fueran acaso de muy buen efecto en una asamblea de poetas románticos; pero entre los médicos, y sobre todo, en el seno de una Corporación consultiva, huelgan por completo, porque allí sólo debe imperar la razón, la reflexión, como dice D. Matías; porque, por lo demás, la cuestión de sentimiento la invocan lo mismo todos los charlatanes, que, en lo sucesivo, podrán exigir que los Académicos se muestren con ellos tan sentimentales como parece que han estado tratándose de Koch.

La mejor condenación de este acuerdo de la Academia está en el discurso del Sr. Calleja. Muchos peros habría que poner en el discurso de este Sr. Académico; pero no serían de este lugar. Baste consignar su juicio respecto á las inyecciones del médico alemán:

«Además, al lado de estas consideraciones, que no pueden por menos de ser atendidas en rigor científico, hay otros dos aspectos de esta cuestión que merecen señaladísimo interés: el aspecto moral y el aspecto jurídico.

»No se puede desconocer la cuestión de conciencia que surge cuando se intenta hacer experimentos en el hombre, y precisamente por aquéllos que profesan la ciencia más humanitaria, guardadora de la salud; la cual nunca podrá autorizar las ilusiones ni atrevimientos de nadie, si es que vienen en menoscabo de los enfermos. Poco importa que el remedio se llame apomorfina, cocaína, jaborina, mirtol, timol; ó que sea un método para inhalar algún nuevo gas; ó que se trate de inyectar dentro de las venas una sustancia medicinal ó acaso una disolución patógena: lo que hace falta tener grabado en el entendimiento y en la conciencia es aquella máxima evangélica: *Amarás al prójimo como á ti mismo.*

»Este aspecto moral se extiende á todo experimento llevado á cabo con sustancias nuevas, cuya composición sea conocida ó no lo sea, siendo cuenta de la conciencia de cada uno dar la solución; pero, en cambio, los médicos de-

ben tener presente que hay un aspecto jurídico en el empleo de remedios secretos, que siempre puede levantarse contra su sosiego y buena fama.

»Con efecto; en todos los países existen disposiciones más ó menos prohibitivas de los medicamentos secretos, que limitan, cuando no impiden en absoluto, ensayos peligrosos á que pueden dar lugar la curiosidad y el entusiasmo científicos. En nuestra patria, sin embargo de estar muy necesitada de reformas sanitarias y de severas leyes protectoras de la salud pública, hay prescripciones legales prohibiendo á los farmacéuticos el despacho sin receta firmada por médico autorizado, de todo medicamento, como no sea de los sencillos de uso doméstico, y aun requiere precauciones especiales cuando la prescripción formula dosis medicinales desusadas; así como á los médicos se les ordena la manera de hacer claras las recetas: y hay además prescripciones en que se prohibe de modo terminante la venta de remedios secretos, por más que no se impide la adopción de nuevos medicamentos, sino que se establecen reglas muy sensatas y oportunas, con las cuales quedan perfectamente atendidos los intereses de la Humanidad, de la Ciencia y del inventor. Y todavía en nuestro Código penal existe un delito, llamado de imprudencia temeraria, dentro del cual han sido clasificados por constante jurisprudencia algunos hechos desgraciados de este género. Bien conozco que este aspecto jurídico convierte á la experimentación clínica en el más difícil problema de conducta profesional; pero la verdad no debe ocultarse, ni por negarla desaparece. El médico que ensaya un remedio secreto comete un acto prohibido por nuestras leyes; si por desgracia suya ocurre un daño y la acción judicial interviene, esté seguro que han de servir de muy débil defensa su interés humanitario ni su entusiasmo científico. La fría letra del art. 581 del Código dirá que es imprudencia temeraria usar en un semejante el remedio desconocido, y el Tribunal apreciará la importancia del daño causado para imponer una pena que podrá oscilar entre la de prisión correccional en su grado mínimo y la de arresto mayor en el mismo grado mínimo. No se crea exagerado mi juicio; está fundado sólidamente en el sencillo conocimiento de nues-

tras leyes, y lo está además en la razón serena, que no puede por menos de ponerse al lado de tales mandatos protectores de la sociedad. En estos momentos acaba de hacer pública su autorizada opinión el ilustre abogado M. Lechopié, conocido en el mundo médico por su competencia en este orden de asuntos, como uno de los dos autores del Código de los médicos. Este respetable abogado ha publicado un importantísimo artículo, que titula *La linfa de Koch y la responsabilidad médica*, en la *Gaceta Médica* de París del día 27 del mes de Diciembre último, y en él afirma de la manera más resuelta y terminante, que los médicos experimentadores de este remedio secreto corren el riesgo positivo de incurrir en las penas señaladas en los artículos 329 y 320 del Código penal francés, los cuales fijan multas desde 16 á 600 francos y prisión de tres meses á dos años; cuyas penas no podrían por menos de imponer los jueces que hubieran de entender con motivo de daños ocasionados por estos experimentos.»

¿Qué tal? ¿Puede darse una condenación más terminante del procedimiento de las inyecciones y del acuerdo de la Academia? Pero si estas eran las opiniones del Sr. Calleja, ¿por qué no las expuso en el seno de la Corporación cuando ésta, impulsada como las masas inconscientes por sus sentimientos, informó que podían permitirse las inyecciones? ¿Por qué, si pensaba de esa manera, no se separó de la opinión de sus compañeros y emitió voto particular, en cuya redacción y firma no hubiera estado indudablemente solo? ¿O es que, como Académico, también se dejó llevar del sentimiento, sin perjuicio de ponerse en contradicción consigo mismo al ejercer de disertante?

Lo que de aquí se desprende es, que los Sres. Académicos no han querido afrontar resueltamente el peligro por miedo á incurrir en una nota de impopularidad, ya que ahora se ha puesto de moda el que resuelvan estos problemas científicos los árboles frutales en amigable consorcio con el vulgo. Pero ya deben estar tranquilos: se han ensayado las inyecciones; ha muerto un ciudadano; otros han estado muy malos; un enfermo que ejerció de poeta para ensalzar el precioso licor, ha tenido unos abscesos en el cuello que deben haberle apagado la inspiración, si ya no

es que le han convertido en cisne moribundo que exhala sentidas quejas cuando ve cerca la muerte.

Si estos resultados no fueran suficientes para tranquilizarlos, vuelvan la vista y dirijan el oído hacia Berlín y fíjense en las conclusiones de las veintiuna autopsias de Virchow; y entonces es posible que recapaciten sobre la ligereza con que emitieron su informe, ligereza que pudieron evitar sólo con haber tenido presente la sentencia de Hipócrates: *experimentum periculosum*, y la interpretación de Galeno á la misma sentencia:

«En las demás artes poco peligro hay en hacer experimentos; los carpinteros y los curtidores, lo más que pueden hacer en sus ensayos es echar á perder la madera ó los cueros; pero ensayar en el cuerpo humano sustancias cuyo modo de obrar es desconocido, es eminentemente peligroso, porque los ensayos pueden terminar con la muerte del individuo.»

¿Es así como han procedido Koch y los Académicos que autorizan sus ensayos? Pero, ¿quién se acuerda ya de Hipócrates ni de Galeno? Es verdad: hace años que murieron, y hoy sólo sirven, por lo que se ve, para que sus bustos adornen las anaquelerías de las farmacias y las librerías de algunos médicos. Pero eso no ha de impedir que yo recuerde de cuando en cuando las opiniones de esos dos grandes hombres á todo el que presuma de innovador.

..... Vos exemplaria graeca,
nocturnâ versate manu, versate diurnâ.